

# El muffin de Proust

Reparto

**Mujer**

**Hombre**

*Oscuridad. Sube la luz. En el fondo del escenario, una cuerda, colgada a lo largo, a media altura. Delante de ella, una mesa alta con dos taburetes y un colgador. En un cartel se puede leer 'Shock&Tira Taberna'. Una mujer, por la izquierda, y un hombre, por la derecha, ambos con chaqueta, entran caminando de espaldas, despacio, hacia el centro del escenario. Se cruzan a la mitad, pero no se tocan. Salen por el lado opuesto y repiten su caminar inverso tres veces, hasta que chocan, rotan ciento ochenta grados, se detienen un momento, de espaldas uno al otro pero separados, mirando a izquierda y derecha, y siguen caminando y cruzando el escenario, colocados ahora de cara a su andar. Cuando vuelven a cruzarse en el centro, se observan al pasar. La mujer directamente, el hombre bajando la cabeza. Se cruzan tres veces más y entonces el hombre se detiene un instante y comienza a seguir a la mujer. Dos vueltas después, la mujer se detiene y se da la vuelta. El hombre se detiene al ser descubierto, se da la vuelta y comienza a caminar. La mujer es la que le sigue ahora. El hombre aprieta el paso. La mujer también. Cruzan una y otra vez el escenario. Aprietan poco a poco más el paso hasta que acaban corriendo y saliendo por la derecha. Tras una pausa, el hombre entra corriendo y se detiene en el centro del escenario. Tras mirar hacia atrás, se dirige al colgador, deja su chaqueta y se sienta en el taburete alto de la izquierda, recuperando poco a poco la respiración. La mujer entra al poco por la derecha y se detiene. El hombre no le ve. La mujer le observa y, al fin, se dirige hacia él. Se planta delante suyo. El hombre, al descubrirle, no sabe a dónde mirar.*

MUJER: ¿Me estás siguiendo?

*El hombre masculla hasta que habla.*

HOMBRE: No.

MUJER: ¿Quieres algo de mí?

*El hombre masculla aún más.*

HOMBRE: No.

MUJER: ¿Mientes más que hablas?

HOMBRE: No.

MUJER: ¿Qué pasa? ¿Tienes respuestas para todo?

HOMBRE: ¿Y... y tú preguntas?

*La mujer da unos pasos adelante y atrás. Finalmente hace un gesto con la mano en el aire y se encamina hacia la derecha, pero, en el último momento, cuando parece que va a salir, se vuelve.*

MUJER: Yo te he visto en algún lado.

*El hombre vuelve a no saber dónde mirar. La mujer se vuelve al público.*

MUJER: Sí. Hace poco. ¿Cuándo? ¿Dónde? A ver... ¿Qué he hecho yo últimamente?

Nada. Nada importante. ¿O todo ha sido importante? ¿De dónde me ha salido éste?

¿Será como las moscas de la fruta, que no sabes de dónde salen? ¡Un moscón! Hace mucho que no me salía un moscón. ¿Será peligroso?

*La mujer se vuelve y mira al hombre. El hombre baja la cabeza. La mujer mira de nuevo al frente.*

MUJER: No. Esto se ve rápido, ¿verdad?

*La mujer comienza a caminar por el escenario a izquierda y derecha, hablando para sí. El hombre le observa.*

MUJER: Mos-cón, mos-cón, mos-cón...

*Tras cruzar tres veces el escenario, en el centro da una vuelta sobre sí misma y le señala.*

MUJER: ¡En la avenida!

*La mujer vuelve a mirar al frente, hacia el público.*

MUJER: Nos cruzamos todos los días, en la avenida, por la mañana. ¡Claro! De camino a mi nuevo trabajo. Yo nunca iba por ahí antes, nunca... Ahí ha sido. Ahí, ahí, ahí, ahí, ahí...  
*Se vuelve y le señala de nuevo.*

MUJER: ¡En la avenida! ¡Eres el de la avenida!

*El hombre se levanta del taburete y va hacia el colgador.*

MUJER: Eh, eh, eh... Quietooooo. ¿Dónde crees que vas? ¿A la avenida... a volver a espiarme?

*El hombre se detiene.*

MUJER: Te gustan las avenidas, ¿eh? Te mueres por las avenidas, ¿eh? Eres un...  
avenidófilo de esos, ¿eh?

*El hombre se encoge de hombros y se pone de espaldas al público. La mujer habla hacia el público.*

MUJER: Así funcionan estos. Primero te ven y luego... luego todo lo demás. Hay que ponerles firmes. Ya es hora. Ya iba siendo hora.

HOMBRE: El otro día me atraganté....

*La mujer se vuelve hacia la voz. El hombre sigue de espaldas al público.*

HOMBRE: Me hice una tortilla y me la estaba comiendo. Y mira que me lo decía mi madre. La tortilla despacio. Despacio que se te hace bola y luego... Y me pasa, siempre me pasa. Porque tienen razón. Las madres tienen razón. Las madres son la jodida razón con patas. Me atraganté y no sabía que hacer, porque estaba en casa. Solo. En esas te das cuenta del instinto. En esas te das cuenta de lo que eres. Salí, crucé el rellano y llamé a la puerta. Odio a mi vecino. Es imbécil. Pero era mi única posibilidad. Después de aporrear la puerta, abrió... Y yo no podía ni hablar, con la bola en la garganta. Y me abrazó. Me abrazó muy fuerte. Y me hizo la maniobra esa. Y la tortilla salió volando por el hueco de la escalera. Y el vecino se apartó de mí, y se me quedó mirando, como si yo

fuera... Y, joder, ahora tengo que saludarle cuando nos cruzamos. Facha de mierda, imbécil, basura. Le debo un abrazo. Le debo la vida.

*El hombre se da la vuelta y mira a la mujer.*

HOMBRE: Por eso te he seguido.

*La mujer mira al público.*

MUJER: Estaba claro.

HOMBRE: ¿Te gusta... la tortilla... de patata?

*La mujer abre mucho los ojos y da dos pasos hacia la derecha, como para irse.*

HOMBRE: ¡Espera...! Sólo quiero saber eso.

*La mujer se detiene, sin volverse. Tras un rato, responde.*

MUJER: Me encanta la tortilla de patata.

*La mujer se vuelve hacia el hombre, que se encamina hacia el taburete.*

HOMBRE: Vale, gracias.

*El hombre se sienta. La mujer mira hacia la derecha, al frente, hacia el hombre.*

*Finalmente se va por la derecha. Vuelve unos segundos después, deja su abrigo en el colgador y se sienta frente a él.*

MUJER: ¿Quién eres? En cien palabras. Llego tarde a trabajar.

*La mujer mira a la izquierda y hace una seña con la mano.*

MUJER: Un descafeinado cortado, con sacarina, leche templada, en taza alta. Y ese muffin gordo de chocolate...

*La mujer mira al hombre.*

MUJER: Vamos, tic, tac.

*El hombre baja la cabeza y se frota las manos.*

HOMBRE: No sé...

MUJER: ¿No sabes quién eres?

HOMBRE: Yo...

MUJER: Eres tú. Bien. Has empezado bien...

HOMBRE: Yo...

MUJER: Te quedan noventa y ocho.

HOMBRE: Son muchas palabras.

MUJER: Te jodes.

HOMBRE: Cien palabras...

MUJER: Deja de frotarte, que no te va a salir el genio.

HOMBRE: Cien palabras....

MUJER: De cero a cien, como en los anuncios.

HOMBRE: ¡Cien palabras!

MUJER: ¡Venga, avenidófilo! Es fácil. Vivo solo. Me gusta la tortilla de patata... o no sé cocinar nada más. Tengo un vecino facha, por tanto soy de izquierdas. Sigo a mujeres por avenidas. Tengo los ojos negros...

*El hombre levanta la cabeza.*

HOMBRE: ¿Te has fijado en mis ojos?

MUJER: Avenidófilo... Yo también tengo ojos, no es tan difícil. ¿Es que tú no sabes de qué color son los míos?

*La mujer cierra los ojos.*

MUJER: Venga. ¿De qué color son mis ojos?

*El hombre calla y aprieta los puños.*

MUJER: ¿No sabes de qué color son mis ojos?

*El hombre le mira fijamente, buscando bajo sus párpados.*

MUJER: Vaya fallo. Todo dependía de esto, avenidófilo.

*La mujer olfatea.*

MUJER: Uy, ya han traído el café. Gracias.

*La mujer abre los ojos y comienza a beber y comer rápidamente.*

MUJER: No está templado. Y qué taza más cutre. Y vaya mierda de muffin. No vuelvo.

*El hombre le observa comer y beber. La mujer consume todo muy de prisa.*

MUJER: ¿No pides nada? Si entras a un bar hay que pedir algo. No es que te esté llamando raro, ¿eh?

*El hombre se vuelve hacia la barra. Levanta la mano dubitativo.*

HOMBRE: Un... mosto... Y un pintxo de tortilla.

*Silencio. El hombre sigue con la mirada al camarero omnisciente que deja su pedido en la mesa.*

HOMBRE: Gracias.

MUJER: Cuidado... no te atragantes.

*El hombre come despacio. La mujer le observa ahora, una vez acabadas su bebida y comida.*

MUJER: No haces ruido al comer.

*El hombre le mira mientras mastica lentamente.*

MUJER: Lo digo para que lo sepas. Como vives solo, es algo que igual no sabes, porque nadie te lo había dicho.

*El hombre sigue masticando.*

MUJER: Es agradable. No hacerse ruido a uno mismo mientras se come. Imagínate que lo haces, que haces un ruidito de esos, insoportable, como una ardilla. Te puedes sacar de quicio. Y acabas por no comer. O por comer a escondidas de ti mismo. Peor que la bulimia.

*El hombre mira a los lados.*

MUJER: Pues nada... ¿Está buena la tortilla?

*El hombre se encoge de hombros.*

MUJER: Ya. No es como las que te haces tú. Como las que te saca el facha.

*El hombre baja la cabeza. La mujer suspira y se levanta, saca la cartera, deja dinero en la mesa y va hacia el colgador.*

HOMBRE: ¿Cómo te llamas?

*La mujer, sin volverse.*

MUJER: ¿De qué color son mis ojos?

HOMBRE: No lo sé.

MUJER: No me has mirado aún a los ojos y quieres saber cómo me llamo.

HOMBRE: Es que mirar a los ojos es muy personal.

MUJER: ¿Y mi nombre no es personal?

HOMBRE: No.

MUJER: ¿Mi nombre no soy yo?

HOMBRE: No.

MUJER: ¿No te importa mi nombre?

HOMBRE: No. Me da igual.

MUJER: Entonces, ¿para qué me lo preguntas?

HOMBRE: Para saberlo.

MUJER: ¿Y no quieres saber de qué color son mis ojos?

HOMBRE: Sí, pero no me atrevo a mirar.

MUJER: ¿Pero de verdad aún no me has mirado a los ojos?

HOMBRE: Sí, pero no me da tiempo de ver el color. Eso es mucho mirar. Mucho tiempo... ahí. Es... como una invasión.

*La mujer se vuelve hacia el hombre.*

MUJER: ¡Pero si me has seguido!

HOMBRE: Y tú a mí.

MUJER: ¡Ajá! ¡Entonces lo reconoces! ¡Me has seguido!

*El hombre baja los ojos y afirma con la cabeza.*



MUJER: ¿Y por qué me has seguido?

HOMBRE: Para... para que me siguieras tú. Para que me siga alguien.

*Silencio.*

HOMBRE: Yo me llamo...

*La mujer levanta la mano.*

MUJER: ¡No! No quiero saber cómo te llamas.

HOMBRE: Está bien. No es importante. Las cien palabras. Empiezo...

MUJER: ¡No, no, no! No quiero saber nada de ti...

HOMBRE: Pero si es lo que querías antes, hace un momento...

MUJER: Los momentos caducan.

HOMBRE: Cien palabras...

MUJER: Es tarde.

HOMBRE: Es... fácil.

*La mujer suspira y se sienta de nuevo.*

MUJER: Tira.

*El hombre se endereza.*

HOMBRE: No me gustan las tardes. No me gusta el café. No me gusta la historia. No me gusta la velocidad....

MUJER: Espera, espera... ¿Vas a estar así todo el rato?

HOMBRE: Es más cómodo así. Para contarlas, de cinco en cinco.

*La mujer suspira.*

MUJER: De verdad, era más fácil cuando me seguías.

HOMBRE: Sí, eso sí que es verdad.

MUJER: ¿No puedes hacerlo de otra forma? No sé. Soy esto, soy aquello...

HOMBRE: ¿Tú sabes lo que eres?

MUJER: ¡Claro que lo sé!

*La mujer se levanta y empieza a dar vueltas.*

MUJER: No se puede. Con los que piden mosto no se puede...

HOMBRE: No me gusta el mosto.

MUJER: Y dale con lo que no te gusta. ¿Y para qué lo pides entonces?

HOMBRE: Es muy pronto para cerveza. Y además no me gusta el...

MUJER: El café, sí. Ya me lo has dicho.

*El hombre sonrío. La mujer se detiene y le mira.*

MUJER: ¿De qué te ríes?

*El hombre sigue sonriendo.*

MUJER: ¿Que de qué te ríes?

HOMBRE: Ya empiezas a conocerme un poco.

*La mujer afirma con la cabeza y le señala.*

MUJER: Eso es. Eso es lo que quieres tú. Que caiga en tu tela. No eres un moscón. Eres una araña. Ahí estás, dale que te pego, con tu tricotado. Ya os conozco. Os conozco bien. Despacio, en silencio, como quien no mata a una mosca. Pero al final te das cuenta de que la mosca eres tú, y ya es tarde, te has dejado envolver y ya no hay escapatoria. La maldita tela...

*La mujer se sacude una telaraña invisible.*

HOMBRE: Yo soy inofensivo.

MUJER: Ya, ya, eso me has hecho creer. Pero no.

HOMBRE: No, es verdad. Siempre ha sido así. Siempre he sido así. Y no gustan, los inofensivos. Y yo lo soy, demasiado. Gustan más los malotes.

MUJER: ¡A mí no me gustan los malotes!

HOMBRE: Sí, un poco sí.

MUJER: No me gustan los malotes. No me gustan los pechofuera. No me gustan los...

*El hombre se ríe.*

MUJER: ¿De qué te ríes?

*El hombre sigue riendo.*

MUJER: ¿Que de qué te ríes?

HOMBRE: Parece que te estás contando, en cien palabras.

*La mujer le señala.*

MUJER: ¿Lo ves? Es tu tela de araña, ahí sigue.

*La mujer vuelve a sacudirse la telaraña.*

HOMBRE: No, es que para contarnos es más fácil empezar por lo que no nos gusta.

MUJER: No. Hay que saber lo que sí te gusta.

HOMBRE: ¿A ti te gustan los muffin?

MUJER: Sí.

HOMBRE: Pero este no te ha gustado.

*La mujer calla y se queda quieta.*

HOMBRE: Lo que tú querías era... el muffin de Proust. Querías que ese muffin te recordara aquel muffin que tanto te gustó una vez. Pero solo te gustó por aquel momento, por todo lo que rodeaba aquel muffin. Lo que nos gusta es más difícil. No somos lo que nos gusta. Somos lo que no nos gusta...

*Silencio. La mujer levanta las manos al cielo.*

MUJER: ¡Un filósofo...! ¡lo que me faltaba!

HOMBRE: No soy un filósofo. Cualquiera se sabe lo del muffin de Proust.

*La mujer se acerca poco a poco al hombre.*

MUJER: ¿Me estás diciendo que yo no soy una cualquiera?

*El hombre baja los ojos.*

HOMBRE: No, no, sí que eres una cualquiera.

MUJER: ¡Ah!

*La mujer se detiene a un metro de él. Silencio. Se da la vuelta.*

HOMBRE: A mí me pasa lo mismo, con la tortilla...

MUJER: Ya estamos a vueltas con la tortilla...

*La mujer camina y finge lanzar una tortilla al aire desde una sartén.*

HOMBRE: ... No sé si me gusta la tortilla. Me parece que voy buscando aquellas que me comía de pequeño, con mis padres, los sábados, al mediodía, cuando salíamos a pasear. Prefiero quedarme en eso, forzando el recuerdo en lugar de probar otra cosa. Y, claro... se me atraganta.

*La mujer se sienta.*

MUJER: Así que por eso me seguías...

HOMBRE: Sí.

MUJER: Por probar otra cosa.

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿Crees que me puedes probar?

HOMBRE: Sí... No... Creo que... creo que me he puesto a prueba. Que tú me has puesto a prueba.

MUJER: ¿Qué yo te he...?

HOMBRE: Todas las mañanas. Tú... me miras todas las mañanas.

MUJER: ¿Que te miro todas las mañanas?

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿Todas?

HOMBRE: Todas.

MUJER: Pero... ¡yo miro a todo el mundo!

HOMBRE: Yo no.

MUJER: ¿No miras a todo el mundo?

HOMBRE: No, no miro a todo el mundo.

MUJER: ¿Y a quién miras?

HOMBRE: Es al revés, ya te lo he dicho. Yo no miro lo que no me gusta.

MUJER: O sea que te gusto.

*El hombre baja los ojos.*

MUJER: ¿De qué color son mis ojos?

*La mujer cierra los ojos. Silencio.*

HOMBRE: No lo sé.

*La mujer abre los ojos.*

MUJER: Me estás cansando, avienidófilo, moscón, arácnido. Y es peor, porque si te cansas, cedés y te quedas atrapada. Y, si no te cansas, pues igual, porque no dejás de moverte y te vas hundiendo más y más en la tela. Porque tiene tela lo tuyo.

HOMBRE: Yo... lo siento.

MUJER: Si te disculpas es peor.

HOMBRE: Pues no lo siento.

MUJER: Eso, eso es. Que no lo sientes. Que te lo inventas. Que te miro por las mañanas, eso dices, y ya tú empiezas a hacerte tu mundo ideal, con tu mujer ideal, con tu historia ideal...

HOMBRE: Puede ser.

MUJER: Claro que puede ser. Como que es y todo. Lo único interesante aquí es, ¿por qué hoy? ¿Por qué me has seguido... hoy?

HOMBRE: Sí, puede ser lo interesante. Pero no lo es.

MUJER: ¿Pero por qué hoy?

HOMBRE: Porque ayer es imposible. Y mañana también. Aún.

MUJER: Ya, filósofo. Lo que pasa es que hoy querías probar si era tu muffin de Proust.

Querías probarme, ¿verdad?

HOMBRE: Que no. Que quería probarme yo.

MUJER: ¿Y qué tal?

HOMBRE: Pues no sé... Mañana te digo. Mañana, es posible.

*La mujer se levanta y va hacia el colgador.*

MUJER: Mañana no volveré a ir por la avenida.

HOMBRE: Ya. Igual yo tampoco.

MUJER: No quiero volver a verte.

HOMBRE: Si te sigo, no tienes por qué verme.

MUJER: Olvídame.

HOMBRE: Recuérdame.

MUJER: Olvídame... ¡del todo!

HOMBRE: Recuérdame... un poco.

*El hombre se levanta, la mujer se vuelve. Los dos se acercan a la cuerda del fondo y la cogen, sin dejar de mirarse. Como en una prueba de sokatira, se colocan a uno y otro lado del escenario y se apoyan en sus pesos, sin tirar.*

HOMBRE: Ahora quitarás la vista si me ves.

MUJER: Y tú intentarás buscar el color de mis ojos.

HOMBRE: Te miro porque me miras.

MUJER: Te miro... ¡porque miro!

HOMBRE: Te miraré porque no me mirarás.

MUJER: No te miraré, ¡porque me mirarás!

*Mientras hablan, se balancean. Cuando el hombre tira un poco, la mujer tira a su vez.*

*Están así hasta que la mujer suelta la cuerda y el hombre cae. La mujer va hacia el colgador y coge su chaqueta. La mujer mira un momento al hombre, tirado en el suelo, y sale por la derecha. El hombre recoge la cuerda, cabizbajo, la vuelve a colgar, coge su chaqueta y se dirige hacia la derecha. Antes de salir, se vuelve y mira un momento hacia atrás. Cae la luz.*

*Sube la luz. La mujer sale caminando de espaldas por la izquierda, el hombre por la derecha. Sus espaldas se encuentran en el centro y se detienen. Comienzan a dar vueltas por el escenario así, uno junto al otro, las espaldas pegadas, durante un rato, hasta que la mujer se separa, cuelga la chaqueta en el colgador y se sienta ante la mesa alta, en el taburete donde el hombre se ha sentado antes. Él hombre sale por la derecha y vuelve a entrar un momento después. Se detiene y le observa. La mujer no le ve, está comiendo y bebiendo. El hombre se acerca, cuelga su chaqueta y se queda de pie frente a la mujer. La mujer levanta la vista, sin experimentar ninguna reacción.*

MUJER: Espero que no hayas aprendido a hacer muffins y me traigas uno.

HOMBRE: Lo pensé. Se piensa mucho estando solo.

MUJER: ¿Me has seguido?

HOMBRE: No. Creo que no.

MUJER: Yo creo que tampoco. No tienes cara de avenidafílo hoy. Nunca sigas a nadie, eso no funciona.

HOMBRE: Siempre me sigo a mí mismo.

MUJER: Como una sombra.

HOMBRE: Más cerca. Mucho más cerca.

MUJER: Y no te encuentras, ¿a que no?

*El hombre baja la cabeza.*

MUJER: No eres ni araña ni moscón.

HOMBRE: Ya te dije que soy inofensivo.

MUJER: Es tu duda lo que ofende.

HOMBRE: Y tú siempre estás a la defensiva.

MUJER: La mejor defensa es un buen ataque. Aprende eso.

*Silencio. El hombre se sienta.*

HOMBRE: ¿Qué tal tu nuevo trabajo?

MUJER: Ya es viejo. Prueba con otra.

*El hombre señala a la mesa.*

HOMBRE: ¿Estaba bueno hoy el muffin?

MUJER: Pregúntale a Proust.

HOMBRE: ¿Tienes respuestas para todo?

MUJER: ¿Y tú preguntas para nada?

*La mujer saca la cartera, deja dinero en la mesa, se levanta y va hacia el colgador. Se detiene de espaldas al hombre.*

MUJER: ¿De qué color son mis ojos?

HOMBRE: No lo sé.

MUJER: Era de esperar.

HOMBRE: Ya. Es que hago lo que se espera de mí. Todo el mundo hace lo que se espera de él. Si no, sería un lío.

*La mujer se sacude la telaraña.*

MUJER: He venido para avisarte de que volveré a ir por la avenida. Esta semana he ido por otro sitio y no me gusta. Además, no voy a privarme de ir por la avenida solo por ti. Es tan avenida mía como de nadie.

HOMBRE: ¿Y cómo sabías que vendría aquí?

*La mujer se vuelve hacia el hombre y señala al público.*

MUJER: Todo el mundo sabía que vendrías aquí.

HOMBRE: Sí, por eso he venido. Ya te he dicho que hago lo que se espera de mí.

MUJER: Sí, y por eso me voy...

*La mujer da dos pasos hacia la derecha y se detiene.*

MUJER: ¿Qué tal tu vecino?

*El hombre se encoge de hombros y baja la cabeza.*

HOMBRE: Facha.



MUJER: Ya no te haces tortilla de patata, ¿verdad?

HOMBRE: Sí que me la hago, pero la como despacio. Me dura semanas. Me dura... más que los recuerdos.

*El hombre levanta la cabeza y sonrío.*

HOMBRE: ¿A que ahora te acuerdas de cuando me mirabas, al principio?

MUJER: No he venido por eso.

*El hombre deja de sonreír.*

HOMBRE: Está bien. Me conformo.

MUJER: Ese es tu problema, que mientes. Que no te conformas. Nadie se conforma.

HOMBRE: Yo sí.

MUJER: Pues confórmate con lo que yo te diga.

HOMBRE: Me conformo.

MUJER: Confórmate si digo que no te conformas.

HOMBRE: ¡Conforme!

MUJER: ¿Lo ves? ¿Lo ves?

HOMBRE: ¡Lo veo!

MUJER: ¡¿Lo ves con los ojos?!

*El hombre se levanta, se encaran, cogen la cuerda y se colocan de nuevo a uno y otro lado del escenario. Tiran los dos, fuerte, durante un rato. De repente, el hombre deja de tirar y ella sigue haciéndolo sin darse cuenta, los ojos cerrados, hasta que ve que no hay resistencia y el hombre se está acercando. La mujer deja de tirar. El hombre se detiene a un metro de ella. Se miran, serios. El hombre coge su chaqueta del colgador y se va por la derecha. La mujer cuelga la cuerda coge su chaqueta, y se va por la derecha. Baja la luz.*

*La luz sube. La mujer, por la izquierda, y el hombre, por la derecha, entran caminando de espaldas, despacio, hacia el centro del escenario. Se cruzan a la mitad, pero no se tocan. Salen por el lado opuesto y repiten su caminar inverso tres veces, hasta que chocan, rotan ciento ochenta grados, se detienen un momento, de espaldas uno al otro pero separados, mirando a izquierda y derecha, y siguen caminando y cruzando el escenario, colocados ahora de cara a su andar. Cuando vuelven a cruzarse en el centro, se observan al pasar. La mujer directamente, el hombre bajando la cabeza. Se cruzan tres veces más y entonces la mujer se detiene un instante y comienza a seguir al hombre. Dos vueltas después, el hombre se detiene y se da la vuelta. La mujer se detiene al ser descubierta, se da la vuelta y comienza a caminar. El hombre es el que le sigue ahora. La mujer aprieta el paso. El hombre también. Cruzan una y otra vez el escenario. Aprietan poco a poco más el paso hasta que acaban corriendo y saliendo por la derecha. Tras una pausa, la mujer entra corriendo y se detiene en el centro del escenario. El hombre entra corriendo y se detiene. La mujer le señala.*

MUJER: ¡Te he dicho que no me sigas!

HOMBRE: ¡Tú me has seguido a mí!

*Dejan sus chaquetas en el colgador y se sientan, hablándose y pidiendo a la vez al camarero omnisciente.*

MUJER: Ya no eres inofensivo... ¡Una tortilla! ¡Sin mosto!

HOMBRE: Ni tú sabes quién eres... ¡Un café! ¡Solo!

MUJER: No te gusta el café.

HOMBRE: Ya no sé ni lo que no me gusta.

*Los dos agradecen al camarero omnisciente, de mala gana.*

MUJER Y HOMBRE: ¡¡Gracias!!

*Los dos comen y beben, sin mirarse.*

MUJER: Ya no vas por la avenida.

HOMBRE: Me dijiste que no fuera.

MUJER: Yo no prohíbo nada a nadie. Te dije que no iba a privarme de ir por la avenida, no que no fueras.

HOMBRE: No hay quien te siga.

MUJER: A mí me han seguido los mejores. Y los peores también.

HOMBRE: Y de cuáles soy yo.

MUJER: Tú no sabes ni quién eres.

HOMBRE: ¿Y tú sí?

MUJER: Ya sabes bien que lo sé. ¡Ya te lo dije!

HOMBRE: No me gustas.

MUJER: Ya empiezas con lo que no te gusta otra vez. Cero palabras. ¡Cero palabras tienes! Y nunca pagas.

*La mujer señala a la mesa.*

MUJER: Nunca pagas, nunca aflojas la mosca, moscón, araña... rata.

HOMBRE: Siempre pagas tú, porque me tratas como a un cualquiera.

MUJER: ¿Y no eres un cualquiera?

HOMBRE: Sí. Pero no es excusa para tratarme como tal.

MUJER: Yo trato... ¡yo trato! Pero todo es un truco. Te sobran palabras. Las palabras son para despistarme. Eres un mago. Eso es lo que eres. Un ilusionista. ¡Un iluso!

HOMBRE: ¿Por qué me miraste?

*La mujer se levanta y levanta los brazos.*

MUJER: Porque tengo ojos. Ojos. Ojooooooooos. Porque no quería tropezar contigo, como con una farola. Las farolas son fáciles. Se apagan, se encienden, nos dejan en paz. No se mueven, no te siguen, solo te hacen sombras, siempre igual. Pero tú, tú no... Tú vas a oscuras, tú eres la sombra, y te mueves, por eso no quería tropezar contigo. ¡Y ya ves qué bien me va! Eso eres, un tropiezo. ¡Me atragantaaaaas! Voy a ir a donde tu vecino el

facha, para que me ayude a sacarte de aquí, de mi garganta, de mi cabeza, avenidafílo, telaraña, bebedor de mosto...

HOMBRE: ¿Quieres saber cómo me llamo?

MUJER: ¡¡No!!

HOMBRE: No importa.

MUJER: Sí importa. Es lo peor. Que has hecho que me importe. Eres un profesional en lo tuyo. Inofensivo, ya... Tú eres peor que los malotes. Eres un malote con piel de inofensivo, un moscón de la fruta sin fruta. No haces más que hablar de comida, y ahora solo quería que pidieras una tortilla para escuchar cómo no haces ruido al comer. Y para que te atragantaras y hacerte la maniobra esa.

HOMBRE: Entonces, sí que me mirabas, todos los días, en la avenida.

MUJER: ¡Claro que te miraba!

HOMBRE: Entonces, estamos como al principio.

MUJER: ¡Exactamente como al principio! ¿Me estás siguiendo?

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿Quieres algo de mí?

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿Mientes más que hablas?

HOMBRE: Sí.

MUJER: Pues eso, joder, pues eso. ¿Tanto te costaba?

HOMBRE: Me cuesta aún.

MUJER: Sí que te cuesta, sí. Y creo que es lo que me gusta... pero no lo sé seguro. No sé nada. O todo o nada. Toda la vida igual.

HOMBRE: Te lo dije, es más difícil saber lo que te gusta.

MUJER: ¿Y tú ya lo sabes?

HOMBRE: Yo tampoco sé nada. Soy un filósofo.

MUJER: ¿No sabes ni siquiera si soy un ideal o soy alguien?

HOMBRE: Si no sé ni cómo te llamas.

MUJER: Puede que nunca lo sepas.

HOMBRE: No importa. Nos pondremos motes.

MUJER: Vas muy rápido...

HOMBRE: Es la única forma de seguirte.

MUJER: Y a la vez tremendamente lento...

HOMBRE: Es la velocidad de la araña. Es porque viven en el aire. Nunca sabes si te atrapan rápida o lentamente.

MUJER: A ti no te gustaba la velocidad.

HOMBRE: Y tú no me gustabas, hace un momento, y ahora otra vez sí, creo. No das tiempo al tiempo.

MUJER: ¿Pero por qué me sigues?

HOMBRE: ¿Pero por qué me sigues tú?

MUJER: ¿Por qué no dejas de tirar?

HOMBRE: ¿Por qué no dejas de tirar tú?

MUJER Y HOMBRE: ¡¿Tienes preguntas para todo?!

*El hombre se levanta. Ambos, enfurecidos, cogen la cuerda. Se colocan a uno y otro lado del escenario. Tiran más fuerte que nunca, anudando los bordes de la cuerda en torno a sus cinturas, casi en horizontal con el suelo. Tiran hasta que ambos se acaban cansando, sin moverse de sus respectivos lugares, y se quedan poco a poco sentados, resoplando. Entonces, el hombre tira de la mujer y le acerca arrastrándole. La mujer tira del hombre y le acerca arrastrándole. Tiran así los dos, consecutivamente, hasta que se quedan cara a cara sentados en el suelo, un buen rato, muy pegados. Comienzan a envolverse con la cuerda.*

HOMBRE: Marrones.

MUJER: Cállate.

*Baja la luz.*